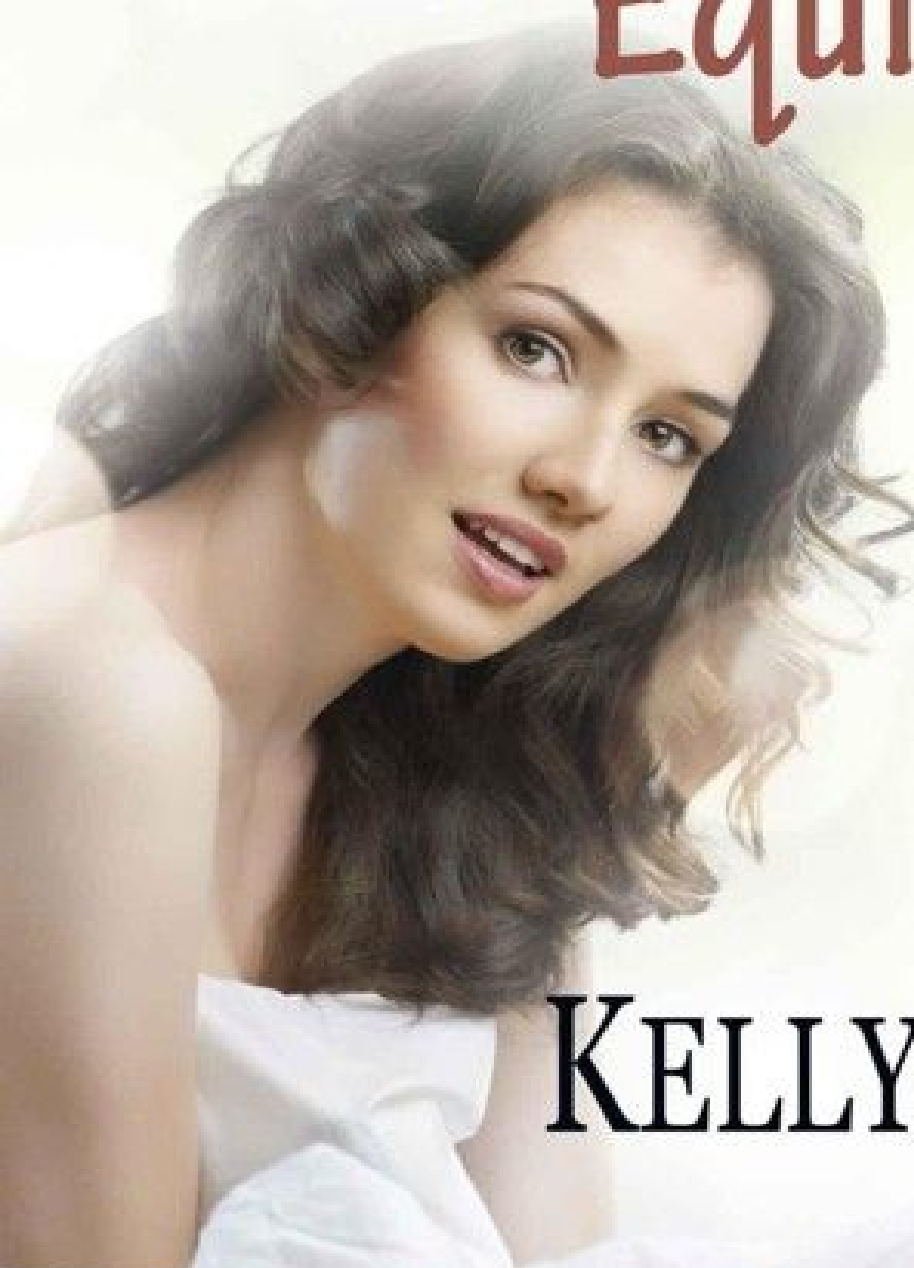


*Nunca imaginó
que despertaría...*

EN LA CAMA

Equivocada



KELLY DREAMS

Serie Entre Sábanas 1

Annotation

Iona solía pensar que en los Estados Unidos estaría lo suficiente lejos de las insensateces de su adorable y chalada madre; se equivocó. Cuando recibe una llamada que le informa de la existencia de un antiguo compromiso matrimonial, solo puede pensar en una cosa; matar a su madre y coger el primer avión a Escocia para terminar con el absurdo compromiso que la une a un completo desconocido. Poco podía imaginar ella que todo aquel rocambolesco asunto la conduciría al único pub del pueblo y a los brazos de una botella de whisky... y a ella le sentaba tan bien la bebida. Connor buscaba beber hasta perder el sentido cuando entró en el pub del pueblo costero al que había llegado por trabajo. En vez de ello, terminó compartiendo una botella de whisky y una noche sensual y alocada con la mujer más rara y exasperante que había conocido. Acostarse con una mujer y no recordar ni su nombre a la mañana siguiente era algo a lo que estaba acostumbrado, hacerlo y encontrarse que ella se había convertido en enorme problema, era una pesadilla. Whisky, sexo y diversión... nunca imaginaron que terminarían despertando en la cama equivocada.

- [Kelly Dreams](#)
 -
 - [CAPÍTULO 1](#)
 - [CAPÍTULO 2](#)
 - [CAPÍTULO 3](#)
 - [CAPÍTULO 4](#)
 - [CAPÍTULO 5](#)
 - [CAPÍTULO 6](#)
 - [CAPÍTULO 7](#)
 - [EPÍLOGO](#)
-

Kelly Dreams

EN LA CAMA Equivocada

(Serie Entre sábanas 1)

COPYRIGHT

EN LA CAMA EQUIVOCADA

Serie Entre Sábanas 1

1ª Edición Ebook 2014

© Kelly Dreams 2014

IMAGEN PORTADA: © Konstantin Yuganov /Fotolia

DISEÑO PORTADA: KD Editions

MAQUETACIÓN Y DISEÑO: KD Editions

DEDICATORIA

Este es el primer libro que ve la luz por mi mano en el 2014, una historia sencilla y divertida que surgió un buen día sin pensarlo demasiado. Y ya se sabe que cuando los protagonistas llaman a tu puerta, hay que abrirles e invitarles a tomar café, té... ¡Cualquier cosa menos whisky!

En esta ocasión, conoceréis a *Connor* e *Iona*, dos de los escoceses más tercos, extravagantes y con muy poco aguante para la bebida que decidieron

hacer acto de presencia en una de las islas más hermosas de Escocia y que tuve la fortuna de visitar en el 2013.

Espero que disfrutéis de la lectura y mil gracias por haber adquirido este libro de forma legal.

Kelly Dreams

ARGUMENTO

Iona solía pensar que en los Estados Unidos estaría lo suficiente lejos de las insensateces de su adorable y chalada madre; se equivocó. Cuando recibe una llamada que le informa de la existencia de un antiguo compromiso matrimonial, solo puede pensar en una cosa; matar a su madre y coger el primer avión a Escocia para terminar con el absurdo compromiso que la une a un completo desconocido.

Poco podía imaginar ella que todo aquel rocambolesco asunto la conduciría al único pub del pueblo y a los brazos de una botella de whisky... y a ella le sentaba tan bien la bebida.

Connor buscaba beber hasta perder el sentido cuando entró en el pub del pueblo costero al que había llegado por trabajo. En vez de ello, terminó compartiendo una botella de whisky y una noche sensual y alocada con la mujer más rara y exasperante que había conocido.

Acostarse con una mujer y no recordar ni su nombre a la mañana siguiente era algo a lo que estaba acostumbrado, hacerlo y encontrarse que ella se había convertido en enorme problema, era una pesadilla.

Whisky, sexo y diversión... nunca imaginaron que terminarían despertando en la cama equivocada.

CAPÍTULO 1

Iona levantó con firmeza su tercer —¿o era ya el cuarto?— vaso de whisky y con un gesto de saludo hacia el barman se bebió lo que quedaba de golpe. El ardor del licor le quemó la garganta como las veces anteriores, pero sonrió. A excepción de la resaca por la que ya se preocuparía mañana, esa noche los problemas que surgían como champiñones en su vida desaparecerían.

Champiñones. Evocó esas pequeñas sepas con capucha y los labios empezaron a curvársele solos. Los procesos mentales de su cerebro solían crear las más bizarras fantasías cuando entraba en juego el alcohol; ese era el motivo del que no soliese beber. Y era la excusa perfecta para mandar a la porra ese problemilla y dejar que el whisky —un magnífico whisky escocés que podría quitar el óxido de las cañerías—, obrara el milagro de barrer las preocupaciones.

—Estoy en Escocia y todavía no he visto un maldito escocés con falda —resopló al tiempo que dejaba el vaso con precisión milimétrica sobre el posavasos—. Sin contar por supuesto a los de la banda del *The Royal Edinburgh Military Tattoo*. Allí sí que había faldas. Y gaitas. Y un montón de gilipollas. Pero ¡ey! Tocaban bien, supongo que eso es lo que importa después de dejarte sesenta libras en la entrada más cara, pero al menos tuve una visión privilegiada del evento.

Levantó la cabeza y miró al frente para darse cuenta de que hablaba sola. El barman atendía en aquel trascendental momento de su vida —una que se deslizaba peligrosamente al desastre—, a un nuevo cliente.

—Fantástico, ya hablo sola como los locos... no, espera, como los borrachos —decidió volviendo a mirar el vaso frente a ella. Entrecerró los ojos e hizo un mohín—. Nop. Ni siquiera eso. Todavía veo lo que un mal lavavajillas puede hacerle a un vaso después de varios lavados. ¡Barman, otro whisky!

La erre se le enrolló en la boca de aquella manera sensual y a veces cómica que provocaba el haberse criado en la isla; su madre estaría orgullosa de ver que conservaba el acento. Y también las malas pulgas, así era como solía referirse su padre al carácter puramente escocés de su única hija.

—Todavía no me explico cómo no terminaron con una recua de vástagos —farfulló para sí.

Sus padres eran pegajosamente melosos y pasionales. Podían tirarse los trastos a la cabeza en un momento, pero al siguiente tenías que huir de casa para dejar de escuchar los sonidos que ninguna hija que se precie querría escuchar. *Arg*, la vida sexual de sus progenitores era mejor que la suya. Eso era deprimente.

Volvió a mirar el vaso frente a ella e hizo una mueca. Seguía estando vacío y ella quería beber. ¿Qué tenía que hacer una chica para que le sirvieran una copa en ese maldito pub? No era como si pudiese ir a beber a otro lado; *The Isles Inn* era el único pub que había en el pueblo.

—Diablos, debí pedir que me dejase la botella —rezongó al tiempo que fulminaba al barman con la mirada—. ¡Ey, otra copa aquí, *balach!*

A juzgar por la manera en que la miró al escucharla, no debía de haberle hecho gracia que le llamase “muchacho”.

—¿Por favor? —añadió con una reacia sonrisa.

Él miró el vaso vacío ante ella como si estuviese haciendo un recuento de lo que había bebido y finalmente se giró hacia el mostrador de las bebidas y cogió la botella de la que le sirviera anteriormente. Chico listo.

—Deja la botella, cóbrame y así puedes olvidarte de mí lo que resta de noche —le dijo al tiempo que indicaba con un gesto de la mano que posase el licor sobre la barra. Dejó un par de billetes a su lado y procedió a seguir nublando la mente con el whisky. Mejor no pensar en la estupidez que la había traído de nuevo a la isla después de casi diez años fuera.

¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

Las palabras de su novio se filtraron de nuevo a través del abotargado cerebro. Su novio. El tío con el que se acostaba más bien. O lo había sido si Josh estuviese en casa el tiempo suficiente para hacer algo más que darle un mísero besito o echarle un polvo rápido antes de que sonase el maldito busca que lo reclamaba de nuevo en el hospital. ¿Por qué diablos tenía que haberse liado con un técnico de emergencias?

—El bueno de Josh —murmuró para sí. Él no tenía la menor idea de qué había venido a hacer a Escocia. Viaje familiar era la etiqueta que añadió a cada una de las pocas explicaciones que le dio—. Mierda.

Con un gesto de enfado cogió la botella y rellenó el vaso para luego proceder a darle un buen trago.

—Me gusta tu forma de beber, ¿puedo?

La voz masculina la asaltó como un atronador relámpago, dio un respingo en el asiento y dejó el vaso de nuevo sobre la barra. Algunas gotas del dorado líquido salpicaron la madera así como su propia mano y quizá su boca habría articulado alguna ocurrente respuesta si al ver las pintas que se gastaba el individuo no quedase sin palabras.

—Vaya, el *kilt* sigue vivo —declaró. Los labios se le curvaron en una amplia sonrisa—. Empezaba a pensar que me había equivocado de país. ¿Llevas algo debajo?

El rostro masculino adquirió mayor atractivo cuando sonrió mostrando un pequeño hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Te lo diré si compartes ese whisky conmigo —del dijo al tiempo que se inclinaba sobre la barra y sacaba un vaso de debajo de esta.

Bueno, siempre decían que beber solo era sinónimo de estar acabado, así que, mejor acabarse en compañía. Cogió la botella y le sirvió una generosa cantidad.

- *Slàinte, coigreach*. —Él alzó el vaso en un mudo brindis.

Sonrió con ironía al escucharle llamarla *extranjera*, recuperó el vaso y los cristales chocaron durante una milésima de segundo.

- *Slàinte!* —brindó y se bebió de golpe el contenido sin parpadear. El ardor le abrasó la laringe hasta caer en su estómago—. ¡Dios! Esto si es vida.

Dejó pasar un momento hasta que el calor se extinguió y por fin lo recorrió una vez más con la mirada. No dejaba de ser curioso el contraste que resultaba ver a un tío de más de metro ochenta sentado en el taburete de un pub, con un *kilt* que dejaba a la vista unas gordas medias de lana y zapatos de montaña más propios del invierno que de pleno mes de agosto. El estrambótico conjunto iba acompañado de una camiseta azul con el logotipo de *Rabbie's*; una de las compañías de tours en Escocia.

—¿Ahora me dirás si llevas algo debajo?

Él se echó a reír, un sonido profundo que le envió un tibio estremecimiento por el cuerpo.

—¿Qué crees que podría llevar, *caileag*?

Iona puso los ojos en blanco al tiempo que se servía otra copa.

—Podría decirte lo que me gustaría que no llevaras —aseguró volviendo a rellenar el vaso y llevárselo después a los labios para tomar un pequeño sorbo—. Nada.

Su sonrisa se ensanchó y se volvió algo canalla.

—Buena elección de palabras —asintió y se bebió el vaso de golpe para

luego dejarlo sobre la mesa. Le quitó la botella de las manos y se sirvió él mismo.

La indignación encontró lugar para pasar a través de las alcoholizadas venas.

—Ey, esa es mi botella.

Terminó de rellenar el vaso, se lo llevó a los labios y vació el contenido de un largo trago.

—No te preocupes, *caileag*, yo pago la siguiente botella.

Ella entrecerró los ojos y se echó un vistazo a sí misma. ¿Realmente tenía pinta de *muchacha*? Vale, no era precisamente alta y mucho menos al lado de semejante montaña, pero tampoco era una retaca y su genio era suficiente para darle importancia a su estatura.

—Espero que lo hagas, *desconocido* —hizo hincapié en la última palabra y le dio un nuevo sorbo para suspirar después con placidez. Ah, la magia del whisky por fin empezaba a soltarle la lengua—. Porque se supone que estoy aquí para agarrar tal cogorza que mañana no recuerde ni mi nombre. Mi nombre... joder... ¿cuál era? Ah, sí... todavía no estoy tan pedo... lástima.

Él la miró con diversión.

—Dímelo mientras estamos todavía sobrios, no te garantizo que luego me acuerde, pero al menos podremos ser civilizados —aseguró al tiempo que estiraba una mano en su dirección—. Soy Con.

Ella miró la mano extendida y luego a él.

—¿Se supone que eso es un nombre?

Unos blancos e impecables dientes entraron en escena en forma de una arrebatadora sonrisa.

—Es el diminutivo de uno.

Entrecerró los ojos, el cerebro empezaba a patinarle.

—¿Cuál? ¿*Cogorcía*?

Él puso los ojos en blanco.

—Eso no lleva *ene*.

Iona lo pensó durante unos segundos y asintió.

—Cierto. Um... Conrad... Confucio... Nah, nadie es tan cruel como para ponerle Confucio de nombre a alguien —lo miró de nuevo con cierta suspicacia—. ¿Verdad?

Se rascó el mentón con el pulgar como si lo pensara.

—Pues espero que no —comentó—. Aunque hay nombres escoceses

mucho peores.

Ella bajó de nuevo la mirada al kilt que llevaba puesto.

—Y tú eres escocés, claro —la lengua le iba sola—. Por eso llevas la falda de mi uniforme del colegio.

Él bajó la mirada sobre sí mismo y se encogió de hombros.

—Dado tu tamaño, debería alegrarme de que no se me viese el culo —se rió. Entonces se sirvió otra copa y la señaló con ella—. Y tú tienes algo parecido a un nombre o tengo que seguir llamándote *muchacha*. Lo vio terminarse su segundo vaso de un trago y servirse otro que vació casi por completo.

—Tío, si sigues bebiendo así terminarás con un coma etílico —rezongó y le quitó la botella. Entonces gimió al ver que casi estaba vacía—. ¡Me estás dejando seca! Soy yo la que tiene que beber, es *mi* botella... Tú...

Se inclinó hacia ella de modo que le acarició la oreja con los labios.

—Si lo que quieres es estar mojada, eso puedo arreglarse —le soltó y no pudo evitar estremecerse otra vez ante la forma en que pronunciaba las erres. Estaba claro que el hombre era nativo, y qué pedazo nativo—. Pero primero, necesito un par de copas más y quizá media hora más de cháchara.

Giró la cabeza y se encontró con los labios masculinos cerca de su propia boca.

—¿Te cuesta tanto entrar en terreno o es que tú también quieres coger la cogorza del siglo?

La respuesta fue rápida y contundente. Antes de que se diese cuenta de lo que ocurría estaba acariciando una dura erección que disimulaba la holgura del kilt.

—¿Suficiente respuesta?

Se lamió los labios, no pudo evitarlo. El miembro masculino era prometedor, más que prometedor y él era desde luego un espécimen de lo más apetecible.

—Joder, no puedo creer que esté fantaseando ahora mismo con levantarte la falda y chupártela —se echó a reír. Entonces apoyó la frente sobre el mostrador y lloriqueó—. Que no sería tan malo de no ser porque he venido aquí para liquidar a mi prometido mientras mi folla novio vive en nuestra casa en la inopia sobre la verdadera razón de mi viaje.

Él dejó escapar un bajo silbido.

—¿Eres algo así como una Viuda Negra? ¿Me arrancarás la cabeza después de que follemos?

Iona parpadeó como si necesitara tiempo para procesar las palabras que escuchaba de él.

—¿La que les arranca la cabeza a los tíos después de tirárselos no es la Mantis Religiosa? Que ya me dirás qué clase de religiosidad puede tener el canibalismo. —Se detuvo en seco y frunció el ceño. Entonces asintió para consigo misma y continuó—. Ah, no, espera... que se la arranca, pero no se la come. Pero es igual... Ni siquiera la Iglesia Libre de Escocia es tan liberal.

Él volvió a rellenarse el vaso y sacudió la cabeza.

—Esto empieza a surtir efecto, estoy sentado al lado de una pirada y me importa una mierda mientras pueda follármela —comentó alzando el vaso a modo de saludo con alguien y se bebió la mitad del contenido—. Sí, no hay nada mejor que un buen whisky.

Ella lo miró de nuevo desde su posición sobre la barra y se enderezó.

—Gracias por la parte que me toca, Confucio —le soltó y dejó escapar un profundo suspiro—. Desde luego, tus progenitores debían ser muy retorcidos para ponerte ese nombre.

Él resopló en respuesta.

—Dejémoslo en Con, *caileag* —sugirió. Entonces entrecerró los ojos sobre ella—. ¿Has dicho algo de un prometido y un *folla novio* o el whisky empieza a hacer efecto por fin?

Estiró los brazos por encima de la barra y recuperó la botella para vaciar el contenido de la misma en un último vaso.

—Mis padres están locos, no es que estuviesen cuerdos alguna vez, todo hay que decirlo, pero... *cucu...* se les ha ido la pinza por completo. Sobre todo a mi madre —aseguró con un profundo gesto de la cabeza—. Ella ha hecho de las suyas una vez más. No sé ni cómo, ni desde cuándo y mucho menos el por qué, pero mientras vivo con mi novio en Nueva York, le he puesto los cuernos sin saberlo a un supuesto prometido con el que ellos creen que voy a casarme. Oh, y mi novio no sabe nada de esto lo cual hace toda esta historia más rocambolesca. Y para más *inri*, aquí estás tú, con faldita y toda esa enormidad en conjunto al que me gustaría lamer como si fueses un helado. Sí, soy una auténtica zorra. Joer... este whisky es cojonudo, hay que ver como suelta la lengua. ¡Barman, otra botella!

El hombre giró la cabeza al escuchar el grito y se limitó en poner los ojos en blanco.

—Va ignorarme, lo sé —rezongó poniéndose en pie, o intentándolo ya que tropezó en el primer intento—. Pídesela tú, que a ti todavía no te ha

mirado con esa cara de pescado de siete días que lleva puesta toda la noche.

Él la miró durante unos instantes, entrecerró los ojos y se le acercó.

—Estás como una puta cabra —aseguró todo lleno de razón—, pero sigo queriendo follarte.

Ella sonrió y le palmeó el hombro con la mano.

—Perfecto, sigue pensando así y nos llevaremos bien —aseguró. Entonces señaló al barman—. Ahora, pide esa botella.

Connor no debería estar allí esa noche. El emborracharse no era una buena idea, pero la alternativa le producía urticaria. Ni siquiera se cambió de ropa. Tras terminar el recorrido del día, dejó el autobús del tour al que estaba haciendo de guía por la isla y vino directo al pub a conseguir una jodida borrachera que le durase hasta mañana.

Y no necesitaba mucho para ello, apenas podía tolerar el alcohol. Toda una ironía que siendo escocés y próximo jefe del clan Macleod —de los Macleod de Dunvegan—, no pudiese soportar más de dos vasos de whisky. Casi podía escuchar al viejo chasqueando la lengua mientras le repetía por enésima la estupidez que venía arrastrando consigo el último año. Magnus Mcleod había perdido el norte por completo y el solo hecho de querer que se casara era un indicativo de ello.

Matrimonio. *Arg.* La sola palabra le provocaba escalofríos.

Connor era un espíritu libre, tan libre que no había tenido una relación seria en años. Las mujeres no eran de fiar, cuando menos te lo esperabas te daban una puñalada por la espalda. Su última novia fue un ejemplo perfecto de ello. No, no iba a casarse... ni borracho.

La tensión en la entrepierna le recordó que necesitaba sexo. Una de las turistas que viajaba en el tour de aquella semana no había dejado de lanzarle miraditas, las insinuaciones eran tan obvias que solo le había faltado meterle la mano por debajo de la falda y follárselo allí mismo.

Miró a su compañera de copas y se fijó una vez más en ella. La había visto cuando atravesó la puerta del pub, pequeña, voluptuosa, con pelo castaño y ahora sabía que poseía también unos bonitos ojos marrones que no tuvieron inconveniente en comérselo con la mirada. El alcohol le soltaba la lengua y con todo parecía bastante despierta a pesar de lo que debía haber ingerido ya y seguía ingiriendo; era una verdadera esponja. Su sexo palpitó en los confines de los calzoncillos advirtiéndole que estaría más que dispuesto a que ella le hiciese lo que quisiera con esa boquita. Oh, sí, quería

follársela, era lo suficiente apetitosa como para desear arrastrarla hasta la cama que tenía en la habitación que había alquilado arriba y disfrutar de ella toda la noche; o hasta que el alcohol los noquease a ambos.

—Todavía no se tu nombre —recordó en voz alta—. Creo que no estoy aún tan borracho como para olvidarlo en caso de que me lo hubieses dicho.

Ella sonrió en respuesta. Los labios llenos se curvaron perezosamente, batió esas largas pestañas y lo miró con una inocencia desnuda que lo tomó por sorpresa.

—Ya que estamos con diminutivos, aquí tienes el mío —le dijo al tiempo que se inclinaba hacia él—. Es Io.

Arqueó una ceja y paladeó su nombre.

—Io... Io... de... Iona, ¿quizá? —sugirió sin dejar de mirarla.

Ella alzó su vaso medio vacío a modo de saludo.

—Mira, además de guapo, escocés y con falda, eres listo —rió y se bebió el resto de su vaso de golpe—. Muy bien, has acertado. Es Iona, como la isla, ya sabes.

Asintió, aunque maldito si ahora se acordaba de alguna isla con ese nombre. Por el contrario, su mente estaba ya puesta en la paja mental que se estaba haciendo mientras la desnudaba con los ojos.

Se lamió los labios y la contempló mientras daba rienda suelta a otro de sus psicodélicos monólogos. Ella llevaba puesto un vestido de verano que se ajustaba a cada una de sus curvas, el generoso escote dejaba al descubierto la piel de unos suaves y bronceados senos; se preguntó si haría topless.

Era menuda, no demasiado pequeña, quizá alrededor del metro sesenta y tres. Unas bonitas y torneadas piernas se cruzaban a la altura de los tobillos, sosteniéndose en el taburete gracias a los tacones que añadirían otros buenos cinco o seis centímetros a su altura.

Oh, sí. Ella era justo lo que necesitaba esa noche, un rostro anónimo, un nombre nada más que lo alejara del pensamiento de la maldita reunión que tendría cuando volviese a casa para tratar de una vez y por todas con ese asunto del matrimonio.

Si el viejo pensaba que podía jugársela, la llevaba clara. Podía ser el jefe del clan Macleod, pero eso no le daba derecho para elegir o designar a la mujer con la que tendría que casarse.

Demonios, Ione había dicho que quería deshacerse de un prometido y no era la única.

—...pero alguien me escucha, no. Para qué, el que me haya

independizado desde que fui a la universidad y lleve viviendo en los Estados Unidos más de diez años por mi cuenta no es suficiente —decía ella sumida en su monólogo—. Joder, tengo treinta y uno y pienso hacer lo que me salga de las narices, eso incluye cargarme a un prometido, mandar a la porra al sosainas de mi novio y follar con un desconocido, con dos o con medio pub si me place.

Bueno, aquella sin duda era su entrada.

—Dejémoslo en uno —declaró quitándole la botella de delante. Una cosa era que ella fuese divertida y ocurrente con unas copas de más encima, otra que terminase con un coma etílico y teniendo que ser trasladada al hospital. Además, quería follársela y para eso la necesitaba despierta y lúcida, en la medida de lo posible—. De hecho, soy tu único voluntario.

Esos bonitos ojos se clavaron en él y la vio suspirar.

—Si prometes volatilizar todos mis problemas durante algunas horas, te hago una mamada —le soltó con tal seriedad que estuvo a punto de romper el momento y echarse a reír—. Y prometo no morderte.

Una ligera risa escapó de entre sus labios sin poder contenerla.

—¿Eres dada a tales deportes de riesgo, *caileag*? —preguntó de buen humor.

Ella se encogió de hombros.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, chico, ya que será tu polla la que esté dentro de mi boca y en contacto directo con mis dientes —le informó al tiempo que se inclinaba hacia delante y deslizaba la mano por debajo de la falda para ascender por el muslo en una obvia dirección—. ¿No te parece?

Su sonrisa se amplió.

—¿Pedimos esa botella y la usamos para cosas más... placenteras?

Los ojos femeninos brillaron, entonces la vio lamerse los labios y asentir.

—Pídela y vámonos de aquí.

No tenía que decírselo dos veces, pensó él mientras llamaba la atención del barman y pagaba una nueva botella de whisky.

CAPÍTULO 2

—¡*Auch!* ¿Crees que los peces pueden emborracharse?

Connor echó un vistazo en la misma dirección que miraba ella, uno al lado del otro observaron como la botella de whisky —que habían compartido desde que dejaron el pub una hora antes—, se hundía bajo un manto de burbujas en las aguas que rodeaban el mirador dedicado a uno de los amados jefes del Clan Nicolson. A lo lejos podían verse las luces que iluminaban el pequeño puerto de Portree, una distancia considerable que su mente era incapaz de procesar en aquellos momentos. Echó un vistazo alrededor y frunció el ceño al tomar conciencia del lugar al que habían llegado entre risas, whisky, magreos y más whisky. Aquel era el inicio de una de las hermosas rutas de senderismo del pueblo; una pensada para hacer de día.

—Dudo que los peces puedan emborracharse con menos de media botella de whisky, por otro lado empiezo a preguntarme si tu locura no será contagiosa.

Ella hizo a un lado el comentario con un gesto de la mano, retrocedió del estrecho sendero que servía de paso y se dejó caer de nuevo en el mullido césped en el que habían estado sentados hasta que la botella salió despedida de sus manos para terminar en el agua.

—No sabría decir quién estaría más cuerdo de los dos —comentó recostándose cuan larga era y abriendo los brazos al mismo tiempo. Los botones que cerraban el escote del vestido estaban abiertos, las tiras del sujetador colgaban flojos en sus brazos y dejaba suficiente piel a la vista como para que su pene reaccionara en respuesta. Diablos, la deseaba de forma exagerada. Ni siquiera su primer interludio contra la valla que servía de puerta y anunciaba el primer tramo del camino lo había disuadido de reclamar la promesa femenina allí mismo.

Siempre le había parecido un poco absurdo encontrarse con farolas en medio del bosque, pero aquella noche —y en aquel preciso momento—, agradeció a todos los habitantes de Portree por tan fabulosa idea.

La luz cortaba entre las sombras de los árboles permitiéndoles ver por dónde caminaban, la botella rodaba de unas manos a otras mientras hablaban y reían como si se conocieran de toda la vida.

—Siempre me he preguntado para qué narices sirven las farolas en medio de ningún sitio —comentó ella dando un pequeño traspié. Por fortuna su afición al whisky no parecía influir de momento de forma contundente en su equilibrio—. A ver. Seamos realistas. Estamos en Skye, en una jodida isla escocesa de origen volcánico que cuenta con unos parajes agrestes espectaculares, ¿y vamos a joderla metiendo farolas en medio del bosque?

Sacudió la cabeza como si la misma pregunta le hiciese gracia.

—Aunque tengo que reconocerles el mérito —continuó caminando a bajo el dosel que formaban las copas de los árboles mientras se oía el mar de fondo, entonces se detuvo al lado de la cancilla de madera en la que se podía leer una bienvenida a adentrarse en los parajes y hermosura de las tierras del clan Nicolson—. Es muuuuuuuuy romántico. Sip.

Se lamió los labios de forma no voluntaria cuando la vio reclinarsse contra la verja y abrirse los botones del canesú del vestido, casi al mismo tiempo se encontró caminando hacia ella, atraído por la mano extendida que lo llamaba.

—Estás muy borracha —aseguró con cierta conciencia todavía por su parte.

Se rio y alzó dos dedos frente a él.

—Uno y dos. Todavía puedo ver y contar al mismo tiempo —le dijo antes de deslizar los brazos por encima de sus hombros y pegar el suave y blando cuerpo contra el de él—. Diablos, sí que eres grande. Solo te falta tener el pelo más largo, vestir harapos y llevar un *claymore* a la espalda y serías el *highlander* por antonomasia. Um... y hueles bien. Muy bien. Dudo que entonces oliesen a algo que no fuera mugre y vacas.

—¿Seguro que no estás borracha? —Quizá lo estuviese él por hacer tal pregunta.

La sintió ponerse de puntillas y restregar en el proceso su cuerpo contra el de él un momento antes de darle un pequeño mordisco en la barbilla.

—Nop —declaró al tiempo que resbalaba por su pecho y caía de rodillas a sus pies—, o quizá sí. Sea como sea alégrate, porque de otra manera no creo que pudiese hacer esto y no morirme a la mañana siguiente si lo recordara.

La risa que siguió a sus palabras lo contagió hasta el punto de arquear los labios en una sonrisa propia. O lo hubiesen hecho si ella no hubiese elegido ese momento para meter las manos bajo el kilt y bajarle los calzoncillos hasta los tobillos con un grito de alegría.

—¡Sí! ¡Sin nada!

Señor, esa mujer estaba como un cencerro. No. Estaba borracha y maldito si le importaba porque él iba por el mismo camino.

La vio lamerse los labios mientras hacía a un lado la falda y dejaba su erecto sexo al descubierto, sus ojos conectaron un momento y su rostro se dulcificó.

—Solo por esto, ha merecido la pena volver a casa —musitó ella. Iona. Tenía que acordarse de su nombre. Al menos mientras estuviese sobrio o tan sobrio como podía mantenerse con la cogorcia que ya llevaba encima—. Oh, sí. Ya lo creo que sí... bienvenida a casa, Iona.

Contuvo la respiración, supo que tuvo que hacerlo en algún momento porque era imposible seguir respirando con ella arrodillada entre sus piernas, su polla alzándose orgullosa frente a aquella boquita cuyos labios ya se abrían... para luego coger la botella de whisky y bañar su sexo con el líquido.

—Sujeta esto —le dijo incrustándole la botella en el estómago, lo que hizo que su polla temblase de anticipación—. Oh, sí, bendito el whisky y sus consecuencias.

Connor aspiró con fuerza cuando sintió la lengua lamerlo desde la punta a la base como si fuese una piruleta. La única mano libre voló a la cancilla y cerró los dedos en torno a la manera para evitar acabar cayéndose al suelo por la impresión o la inestabilidad provocada por la excesiva ingesta de alcohol.

—Oh, señor —musitó entre jadeos—. Sí.

Era una torturadora profesional. La lengua era como un pequeño látigo caliente lamiéndole el pene mientras los dedos se aferraban a su ahora desnudo trasero como si quisiera impedir que se le escapara. La imagen de ella entre sus piernas era tan erótica que no podía apartar la mirada, la lengua rosada contra su carne hinchada lo encendía y endurecía incluso más, pero cuando abrió la boca e hizo desaparecer la cabeza de su miembro en el interior por poco se corre.

Apretó con fuerza la botella contra él al tiempo que se aferraba aún más al precario soporte y echó la cabeza hacia atrás. La copa de los árboles envueltos en penumbra lo recibió acogiéndolo en un extraño encantamiento, su cuerpo era plenamente consciente de la boca que lo succionaba y lamía, el arrullo del mar no hacía más que añadir una cadencia mística a la escena. Debía haber perdido la cabeza por completo, solo entonces se explicaría que estuviese en medio del bosque con aquella pequeña desconocida arrodillada entre sus piernas haciéndole el mejor trabajo oral de toda su vida.

Sintió como se le tensaban los testículos, como se endurecía incluso más preparándose para lo inevitable. La sangre le corría por las venas como lava ardiendo, los sonidos de succión, los ruiditos de placer que ella emitía y los delgados dedos aferrados a la carne de sus nalgas lo enloquecían. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para permanecer quieto y no empujar como le pedían a gritos las caderas. Quería hundirse más en esa boca, follarla y sentir la garganta femenina cerrándole alrededor del pene cuando se corriera. Quería sentir como tragaba y lo exprimía al hacerlo y por encima de todo, quería tumbarla en el jodido suelo y degustarla como ella estaba haciendo con él.

—Sí, dios, sí. —Las palabras emergieron solas de su boca, apagados gruñidos unidos a los jadeos de placer de ella—. Más... sí, así.

Estaba al borde, podía sentir como con cada nueva succión en su carne el orgasmo se acercaba más y más amenazando con arrasar con la última brizna de cordura que todavía no le había robado el alcohol.

Entonces una de las juguetonas manos resbaló hasta los testículos, jugó con sus pelotas de tal manera que lo siguiente que supo es que estaba corriéndose en su boca al tiempo que gruñía y temblaba por la brutal explosión del orgasmo.

—Buen chico —oyó su voz cuando dejó de escuchar el latido del corazón en los propios oídos—. Ahora, ¿me devuelves mi botella?

Y se la había devuelto, después de darle un largo trago y derramar el whisky que todavía tenía en la boca en la suya cuando tiró de ella para besarla.

Y ahora estaba allí, echada en el suelo, con la falda del vestido subida por encima de las rodillas, los senos asomando a través del canesú contenidos todavía por el sujetador y su pene volvía a estar tan hinchado como antes de que ella lo tomase en la boca.

CAPÍTULO 3

Iona se sentía como un conejo que mira a los ojos a un hambriento lobo. Él no le sacaba la mirada de encima y si era sincera consigo misma, lo estaba disfrutando. Con tenía algo que no acababa de salir por completo a la luz, su forma de actuar, la pasión que retenía en sus venas era tan atractiva que desde el mismo momento en que le habló supo que no se separarían sin compartir antes un buen revolcón.

Se lamió los labios al recordar el primer contacto que tuvo con la erección que volvía a hacer acto de presencia levantándole la falda, su sabor se había mezclado con el del whisky y le había encantado. Disfrutó con aquella felación casi tanto como esperaba que lo hiciera él, el tener esa clase de poder en las manos, con un completo desconocido la excitaba. Debía estar muy mal de la cabeza, tendría que estar sintiendo alguna clase de remordimientos por desear a este hombre cuando Josh la esperaba en casa, pero el bendito licor era un anestésico demasiado bueno.

Lo recorrió con la mirada, deleitándose en cada plano de su cuerpo y se preguntó lo que sentiría al estar bajo él completamente desnuda y a su merced. Quería aquella pecaminosa boca sobre ella, deseaba que la besara de la misma forma arrolladora que lo hizo después de que se la chupase, que borrara de un plumazo la poca cordura que todavía le quedaba. Necesitaba que la hiciese olvidar, que alejase de su mente todos los problemas y que, por una sola vez en la vida, ella fuese el centro de algo, de alguien.

Le gustaba el sexo, no era una mojigata, pero desde hacía tiempo sentía que ese terreno fallaba con Josh. Él era conservador, tierno y todo un conquistador, pero necesitaba más e intuía que hoy podía conseguirlo con ese hombre.

—Soy una auténtica zorra —se rio por lo bajo ante sus propios pensamientos.

Lo vio arquear una oscura ceja, un gesto que la hizo suspirar. Demonios, imaginarse a ese gigante vestido como un *highlander* del siglo XIII le hacía la boca agua.

—Una auténtica zorra —concluyó con una ancha sonrisa—. Y lo peor de todo es que me importa un bledo.

Él bajó entonces sobre ella, el duro cuerpo masculino cubriendo el suyo, su boca a escasos centímetros.

—Si todas las mujeres que disfrutan del sexo fueran unas zorras, el mundo sería un jodido gallinero —dijo, entonces le lamió los labios.

Ella suspiró y se estiró bajo él deleitándose en el contacto de los duros músculos contra su cuerpo.

—Y vosotros, las jugosas gallinitas —aseguró alzando el rostro hacia él en busca de algo más—. Con, ¿qué te parece si dejas de hablar y... me... follas?

Los labios masculinos se curvaron en una perezosa sonrisa, los ojos claros deambularon por su cuerpo y en un abrir y cerrar de ojos, se encontró con el vestido recogido alrededor de las caderas y el tanga enredado en uno de los tobillos.

—Después —se relamió él—. Primero, probaré que tan bien sabes.

Contuvo la respiración cuando el cálido aliento entró en contacto con su sensibilizada carne. Apenas pudo tomar una bocanada de aire, pues la boca masculina se cerró sobre ella con glotonería.

Oh, señor. Él sí sabía cómo usar la boca. Y la lengua. El aire fresco que subía del mar le acarició los desnudos muslos y la hizo estremecer o quizá no fuese el frescor del viento si no la forma en que él se encargaba de no dejar ni un solo centímetro de su húmedo sexo abandonado. Tembló, la manera en que la lengua masculina se paseaba sobre la hinchada carne la volvía loca. Él la lamía y succionaba, lavándole el coño con puntillosa eficiencia, las fuertes manos la mantenían abierta con las piernas separadas a su propia conveniencia de modo que no pudiese hacer otra cosa que revolverse sobre el césped.

La hierba le hacía cosquillas en cada parte de piel expuesta que tocaba, deslizó los dedos sobre ella intentando agarrarla sin conseguir otra cosa que enterrarlos en la dura tierra presa de la euforia sensual del momento. Arqueó la espalda y gimió cuando la penetró con la lengua, una de las manos abandonó entonces su asidero y se deslizó entre ellos. Los dedos la acariciaron empapándose de sus jugos para finalmente acicatear con cuidadosa suavidad la dura perla que ahora era su clítoris.

Se despegó del suelo, habría jurado que todo el cuerpo le dio un brinco en el mismo instante en que la tocó allí. La sensación era tan intensa y ardiente que la volvía loca. Ese hombre sabía tocar los botones exactos en su cuerpo, qué acordes debía improvisar para que cantase la sinfonía que quería

sin que pudiese hacer otra cosa que dejarse llevar. En lo más profundo del subconsciente, esa parte que todavía permanecía sobria, por decirlo de alguna manera, se alzó el diablillo que era su conciencia. No había ángel para ella, tampoco es que lo necesitara, nada de lo que esa parte suya pudiese decirle iba a cambiar el hecho de que era algo que ya sabía.

No quería pensar ahora en Josh, el bueno y sacrificado Josh. El hombre con el que llevaba viviendo más de un año, saliendo casi año y medio, y que parecía estar casado con su trabajo.

No, no lo parece, lo está. Y tú lo sabes, por eso lo estás pasando tan bien follando con un completo desconocido.

Estúpida conciencia. Odiaba tener que darle la razón. Pero la tenía y había sido consciente de ello desde el mismo instante en que se subió al avión y no le dijo la verdad.

Admítelo, si cogiste ese avión no fue solamente para emprender una batalla épica con tu madre por el asunto del compromiso.

No quería pensar en ello, esta noche todo lo que quería era olvidar y el maldito whisky no terminaba de hacer su trabajo para desdibujar todos y cada uno de sus problemas y hacerla olvidar.

Querías conocerle, saber quién era el mentecato que aceptó algo tan estúpido como un matrimonio concertado.

Sí, para decirle en su propia cara que era un completo gilipollas si pensaba durante un solo segundo que iba a hacer algo tan estúpido como aceptar una de las brillantes ideas de su menopáusica madre.

Un ramalazo de placer la arrancó de sus pensamientos devolviéndola al aquí, al ahora y lo más importante, al hombre que se estaba dando un festín entre sus piernas.

Se contorsionó contra él, alzó las caderas pidiéndole silenciosamente que tomase más, que la devorase por completo. Quería aquello, lo necesitaba y no pensaba echarse atrás. ¡Qué le dieran a su conciencia! Ya se preocuparía de ella mañana.

Se abandonó por completo al placer, sus gemidos hicieron eco en el solitario paraje mientras la farola más cercana interrumpía una paz y quietud absoluta. Él no dejaba de lamerla, su clítoris se volvía más sensible entre los diestros dedos los cuales no tardaron mucho en cambiar lugar con la hambrienta lengua. La penetró en profundidad y no pudo hacer menos que alzar las caderas en respuesta, los húmedos labios cayeron entonces sobre el hinchado brote y eso fue el fin. El placer la desarmó, los gemidos se

convirtieron en jadeos y grititos que no se molestó en ocultar, perdió toda clase de pudor que todavía pudiese conservar y comenzó a amasarse los hinchados pechos.

Los pezones empujaban ya duros contra la tela del sujetador rogando por caricias y sucumbió a ello haciéndolos rodar entre sus propios dedos aumentando de esa manera la demoledora excitación que crecía más y más en su interior.

—Oh... sí... no pares... más... —prorrumpió en incoherencias—. Más... sí... no... oh, dios... sí.

Lo escuchó reír o al menos supuso que sería él puesto que dudaba que los conejos que abundaban en la isla hubiesen adquirido tal acto humano a pesar de su inteligencia.

—Me gusta cuando una mujer es incapaz de decidir —le escuchó decir —, eso me da la oportunidad de hacerlo por ella. Hacer lo que a mí me dé la gana.

Y cumplió con su palabra, vaya que sí. Hizo de ella lo que quiso y más, pero tampoco es que fuera a prohibírselo cuando lo que le hacía era precisamente lo que quería. Sí, Con era sin duda igual de bueno que el whisky a la hora de convertir su cerebro en una masa gelatinosa que no servía para nada.

¡Viva el sexo y los escoces con falda!

La risa que siguió a su declaración debió hacer saltar alguna de sus neuronas porque esta hizo conexión.

—¿He dicho eso en voz alta?

La risa seguía presente en su voz.

—Sí —aseguró con satisfacción.

No la dejó decir nada más, su boca volvió a su anterior ocupación y un par de pasadas más de su lengua la enviaron directa a un escandaloso orgasmo que despertó hasta a las dormidas aves de la zona.

Con un suspiro de felicidad se dejó llevar por los rescoldos que todavía sacudían su cuerpo.

—Pues sí, viva el sexo y los escoces con kilt —ronroneó.

Una nueva carcajada llenó la silenciosa noche e hizo que curvara los labios en una propia sonrisa de satisfacción.

CAPÍTULO 4

—¿Te casarías conmigo?

La pregunta tardó en filtrarse en su mente y cuando por fin lo hizo no pudo evitar estallar en carcajadas. Aquella debía ser la proposición más absurda que escuchaba en mucho tiempo, una de ellas.

—Ahora sí que es seguro que has bebido demasiado y yo debo estar como una cuba porque no soy capaz de ponerme de pie y salir corriendo — las risas aumentaron y terminó estirado en el suelo aferrándose el vientre con los brazos—. Dios, tengo que mear.

Ella se incorporó hasta quedar sentada y extendió la mano hacia los matorrales.

—El baño de los hombres está por allá, acuérdate de bajar la tapa.

Ahora fue ella la que se rio de su propia ocurrencia.

Él sonrió, no pudo evitarlo, aquella estaba siendo una noche de lo más absurda y la estaba disfrutando, en todos los campos.

—¿Por qué ibas a querer que me casara contigo? —lanzó la pregunta por encima del hombro mientras se encargaba de sus propias necesidades—. Corrígeme si es que lo he soñado porque empiezo a tener ciertos problemas para recordar cada minuto de esta noche, pero dijiste que tenías un prometido.

La escuchó bufar, un sonido nada femenino.

—No pienso casarme con un completo desconocido.

Aquello lo hizo reír otra vez.

—Diablos, muchacha, ¿y qué somos nosotros si no desconocidos?

Escuchó como se levantaba y empezaba a deambular a su espalda.

—A ti te conozco desde hace algunas horas, conozco incluso a tu adorable amiguito —aseguró con repentino entusiasmo—. Es más de lo que puedo decir de ese tío.

Bajó la mirada al “amiguito” que sacudía e hizo una mueca.

—Te ha llamado amiguito, ¿cuánto más bajo puede caer un hombre?

Ella bufó a sus espaldas.

—No es un insulto, me gusta tu amiguito, me gusta mucho —musitó ella al tiempo que desaparecía tras un recodo del camino—. No se te ocurra mirar,

diablos, necesito hacer *pipi* o reventaré.

¿Podía haber acaso una escena más bizarra que aquella? Connor empezaba a preguntarse en qué momento de la noche había perdido el cerebro, pero las horas pasadas empezaban a difuminarse en una pesada y oportuna niebla.

—¿Y bien? ¿Te casarás conmigo o no? Solo por una noche.

La pregunta surgió de un punto en la oscuridad, como una voz llegada de otro tiempo y lugar.

—¿Es posible casarse solo por una noche? —se preguntó al tiempo que se rascaba la barbilla—. Supongo que sí, pero en las Vegas.

Sacudió la cabeza intentando aclarar su confusa mente. Demonios, casi agradecía que la botella de whisky hubiese ido a parar al mar.

—No puedo casarme contigo durante una sola noche —replicó entonces.

Ella apareció de nuevo en el camino, la luz de la farola iluminaba la voluptuosa figura.

—¡He perdido las bragas! —anunció con gesto trágico—. ¡Mi reino por unas *Victoria Secret*!

Instintivamente se llevó la mano al *sporrán*, que irracionalmente después de todo lo ocurrido en las últimas horas, todavía llevaba anclado a la cintura, solo que ahora caía sobre la cadera en vez de por el frente. Una delgada tira de encaje rosa colgaba por una esquina del bolso de cuero.

—Creo que las tengo yo aunque no recuerdo cómo diablos han ido a parar ahí —aseguró acariciando la prenda con un dedo.

Ella estiró los brazos hacia el cielo y se desperezó.

—De acuerdo, te dejo que custodies mis bragas, pero por la mañana me las devuelves —añadió de inmediato—. Una mujer que se precie no puede ir por ahí sin bragas... No sé cómo diablos podrían soportarlo en los siglos pasados, caminando por estas colinas, con pesadas faldas de lana y sin bragas... No me sorprende que estuviesen continuamente follando, debía ser la única forma de que no se les congelara.

Los derroteros por los que circulaba ahora la mente femenina eran tan extravagantes que optó por no seguirlos, le dolía la cabeza con solo intentarlo o quizá eso fuera efecto del whisky.

—¿Y un año y un día?

La facilidad que tenía ella para cambiar de tema y dejarlo noqueado lo abrumaba. Sus reflejos no eran lo que debían después de beberse prácticamente el solo más de media botella de licor.

—¿Un año y un día?

Las manos femeninas empezaron a recorrerse el cuerpo tanteando como si buscara alguna cosa, entonces giró sobre sí misma y frunció el ceño.

—Es un rito familiar, una unión de manos —comentó ella mientras caminaba en su dirección. Al menos todavía no hacía esos y podía poner un pie delante de otro—. Ya sabes, se casaban durante un año y un día, vivían como marido y mujer y si después de ese tiempo no funcionaba la cosa, cada uno se iba por su lado.

Se llevó las manos a las caderas y separó las piernas sin dejar de mirarla, aquel gesto era más para mantener el equilibrio que otra cosa.

—No te ofendas, nena, pero solo te quiero para una noche —argumentó con convicción—. Ya sabes, follar y eso. El matrimonio no es algo que esté en mi menú.

Hizo un puchero, los labios femeninos se curvaron en un coqueto y mono puchero que lo dejó mirándola como un tonto. Le gustaba ese gesto, lo ponía tierno y duro al mismo tiempo.

—Yo tampoco te quiero durante tanto tiempo, el efecto del whisky no durará tanto —se quejó e incluso pateó el suelo al hacerlo—. Vaya mierda de vida. Tengo un folla novio que está más enamorado de su hospital que de mí y aún encima, folla de pena. Tengo también un prometido que no conozco y que seguro es calvo y con gafas de culo de vaso. ¿Qué manía les ha entrado a todo el mundo con casarse?

Él sacudió la cabeza.

—Acabas de decir...

No le dejó terminar, caminó hacia él y le clavó el dedo en el pecho.

—Yo decido cómo, cuándo, dónde y con quien me caso, no tú —le soltó de repente.

Connor sabía que no tenían psiquiátrico en la isla, porque de lo contrario pensaría que ella había salido de allí. Y a él no le faltaba mucho trecho para alcanzar el mismo destino.

—Nos casaremos.

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza con tal energía que el pelo voló en todas direcciones.

—No —se enfurruñó—. No hay matrimonio lo suficiente corto que nos convenga a ambos. Y las Vegas nos quedan un pelín lejos.

Aquella mujer iba a volverlo loco o quizá ya lo estaba. El whisky, ahora sí que estaba convencido de que había bebido suficiente.

—El hombre con falda, grande y malo tiene razón y yo estoy equivocada —le soltó antes de dar media vuelta y echar a andar otra vez—. Alimenta con eso tu ego, porque no lo oirás más veces.

Bufó, no había duda de que ella quería enloquecerlo y se le estaba dando de vicio. Ahora solo le faltaba ver elefantes con tutus rosas y estaría oficialmente borracho.

—Eres un poquito bipolar, ¿no te parece?

Ante sus palabras la vio detenerse e inclinarse de forma precaria hacia el agua, entonces suspiró.

—No lo suficiente —murmuró ella—. ¿Crees que podríamos conseguir otra botella?

Ni loco. Otra ingesta de alcohol más en sangre, aunque fuese del tamaño de un dedal y cualquier chispa los haría arder en llamas. La incomoda erección que seguía pulsando entre sus piernas le recordó que había algo mucho más divertido a lo que podían dedicarse el resto de la noche y que los alejaría a ambos de algo tan peligroso y fatal como una boda de cualquier clase.

Acortó la distancia entre ambos y le cogió el rostro entre las manos.

—Creo que puedo encontrar una forma mucho más efectiva de hacernos perder la cabeza.

Bajó sobre los labios entreabiertos y reclamó la húmeda boca en un beso que los dejó a ambos jadeando y deseando ir a por más.

CAPÍTULO 5

Connor maniobró para pasar a través del umbral de la habitación en la que solía quedarse cada vez que tenía que recalar en el pueblo costero, la música del pub todavía se oía de fondo a pesar de ser ya de madrugada. Iona no había dejado de parlotear desde que abandonaron el mirador para emprender el camino de regreso, uno lleno de varias paradas e interludios igual de eróticos y morbosos. El más fresco en su mente era el que acaban de tener en un rincón del muelle, ocultos en la oscuridad y contra la pared, definitivamente aquella noche era para olvidarla una vez terminara porque si por la mañana recordase cada una de las normas autoimpuestas que estaba infringiendo, se abriría la cabeza él solito a golpes.

—Y entonces ahí estaba yo, mirándoles a ambos con ojos de besugo, pensando en que se habían vuelto completamente locos, sobre todo la chalada de mi madre, porque con mi padre aún puedes dialogar... —parloteaba ella sin dejar de jugar con la cinta que le colgaba de la muñeca—. ¿Qué fue lo último que les dije? Ah, sí... Se congelaría el infierno antes que terminar casándome con esa lechuga de campo con banda de escuela escocesa. Escocés tenía que ser y seguro que no lleva ni falda. Mira, en eso tú le ganas.

Encendió la luz de la habitación con el codo, cerró la puerta con un pequeño golpe de tacón y dejó entonces que se deslizara al suelo, sujetándola en el último momento cuando las piernas parecían no ser capaces de sostenerla.

—¿Sigues conmigo, *caileag*?

A juzgar por la manera en que se sujetó de sus brazos, la respuesta era afirmativa.

—Demonios, parece que después de todo el infierno se ha congelado porque ya hasta patino —se rio por lo bajo—. Sigo aquí, sigo aquí. De hecho no tengo intención de irme a ningún lado... ¡Dios, una cama! ¡Por fin!

Recuperándose al instante, cruzó la habitación y se dejó caer de espaldas en la pequeña cama, entonces se giró de lado, dejando que la tela del vestido mostrase una generosa porción de la parte superior de sus senos y sujetador.

—¿Y ahora a qué jugamos?

Jugar, sí. Le gustaba jugar y más aún con ella. La noche estaba

resultando ser realmente interesante y caliente, jodidamente caliente.

—Primero jugaremos a la búsqueda del tesoro —le dijo señalando una mesilla situada al lado de su cama—. Tú te ocupas de los cajones y yo de la maleta... En alguno de los dos lados tiene que haber preservativos.

Se estiró con languidez sobre la cama, una pequeña gatita despertándole el deseo una vez más. Ella lo atraía como una sirena, cada movimiento, cada caída de ojos, cada gesto de esos labios hacían que fuera hacia ella. Se inclinó sobre el colchón y reclamó una vez más la dulce boca en un húmedo y prometedor beso. Sí, le gustaba su sabor, el de su boca y el de ese caliente y mojado rincón secreto entre sus piernas. Dios, que bien sabía, probarla había despertado la necesidad de poseerla completamente, de hundirse entre esos muslos una y otra vez. Había querido probar los hinchados pechos que empujaban contra el vestido, acariciar los duros pezones que despuntaban con la lengua, succionarlos profundamente en el interior de la boca y hacer lo mismo con cada centímetro de su piel. Y lo había hecho en cada pequeña parada en el camino, gozó de ella de forma furtiva, pero todavía no era suficiente. La quería completamente desnuda y sin poder escapar, a su merced y al alcance de todas las sensuales posibilidades que le daban vueltas en la cabeza.

—Ay, creo que me estoy haciendo pis.

El repentino comentario hizo que la mirase y se echase a reír.

El conseguir subir a la habitación fue de lo más accidentado, tuvo que cogerla en brazos para poder llevarla arriba y ya no hablar de intentar meter la llave en la cerradura, había estado a punto de dejarla caer al suelo para coger él la llave y abrir la maldita puerta.

—No te rías —le soltó al tiempo que se escurría bajo él y caía al suelo desde el otro lado de la cama—. ¡Auch!

Enderezándose la miró por encima de las sábanas.

—¿Estás bien?

Ella se frotó el trasero.

—Eso dejará un moratón.

Esbozó una irónica sonrisa y le indicó con un gesto la puerta a su izquierda.

—Mientras no dejes un charco sobre la alfombra —le dijo con repentina diversión—. Tienes el baño justo ahí.

Se revolvió en el suelo y se alejó gateando unos pasos para luego ponerse en pie.

—Dios, si no fuera porque sé que es imposible que estemos en un barco, me parecería que estoy navegando —se rio ella mientras utilizaba los brazos para mantener el equilibrio—. Bien, ya está. Puedo caminar derecha.

Sacudió la cabeza y contempló como el vestido le acariciaba el trasero, el saber que no llevaba ropa interior hizo que su polla latiera de lo más feliz.

—Abajo, chico —regañó a aquella parte de su anatomía—. Aquí tenemos provisiones.

Sí. Ahora por fin podría desnudarla por completo y ver su cuerpo desnudo, tocar su piel sin la restricción de la ropa. Si hasta ahora las cosas entre ellos habían sido calientes, solo podía imaginar lo mejor que serían cuando no hubiese nada que pudiese detenerles.

Curvó los labios en una nueva sonrisa. Si no estuviese tan borracho, posiblemente se llevaría las manos a la cabeza por la de barbaridades que había cometido a lo largo de aquella extraña noche, pero ahora mismo el único cerebro que realmente le funcionaba era el que tenía entre las piernas y ese solo quería irse a la cama con ella.

Iona no deseaba pensar en el mañana, solo en el aquí y el ahora. No quería que nada le estropease la mejor noche de su vida, porque sin duda esta lo estaba siendo. Locura tras locura, estaba disfrutando de la vida como nunca antes lo había hecho, el riesgo, lo prohibido, todo era un aliciente para seguir adelante sin pensar en nada más que en cómo la hacía sentir ese escocés.

Él era divertido, ocurrente y también un poco mandón. Bueno, quizá un mucho, pero le hacía gracia ver qué cara ponía cuando ella regateaba cada una de sus entradas. No la menospreciaba, no la trataba como si fuera porcelana, la buscaba y esperaba que respondiese a él con la misma fuerza que corría por sus venas. Para ese extraño escocés ella era una compañera de juegos que estaba a la altura y el saberlo le producía un agradable cosquilleo en el estómago; uno que nada tenía que ver con los litros de whisky que le corrían por las venas.

Y por si eso no fuera suficiente, el hombre era un pecado tanto vestido como ahora, completamente desnudo.

Se lamió los labios y se preguntó no por primera vez dónde diablos estaban los hombres como él. Poseía una buena estatura acompañada de un cuerpo grande y atlético, un suave vello oscuro le espolvoreaba los brazos, el pecho y las piernas, así como servía de nido a la deliciosa erección que

exhibía en aquellos momentos. De hombros anchos y cintura estrecha, poseía una musculatura tonificada, una figura de alguien que se cuidaba pero sin llegar a querer emular al muñeco de *Michelin*. Todo en este espécimen que permanecía ante ella con las piernas separadas y los pies bien plantados en el suelo, era cien por cien, producto natural.

—¿Te gusta lo que ves, *caileag*?

Y aquello era otra de las cosas que adoraba en él. La forma en que pronunciaba las palabras, con suavidad y ese acento isleño que le provocaba placenteros temblores a lo largo del cuerpo. Si dejaba el inglés y se pasaba al gaélico, entonces se convertiría en un charco de Iona derretida a sus pies.

—Más de lo que debería —se las ingenió para responder.

Lo recorrió sin pudor, disfrutando de lo que veía, de lo que pronto sería completamente suyo para disfrutar. La risa profunda y sincera que emergió de la garganta masculina hizo que alzara la mirada hasta encontrarse con la suya. Lo vio recorrerla del mismo modo y durante una décima de segundo casi pudo sentir como si fuesen sus manos las que se deslizaban sobre la piel.

—Bien, porque ahora es mi turno para disfrutar de un espectáculo similar —le aseguró al tiempo que le indicaba con un dedo que dejase la cama y se pusiera en pie—. Desnúdate para mí.

En circunstancias normales, aquella invitación la lanzaría directamente a un nudo de inseguridades y dudas, pero bajo esa mirada todo lo que quería hacer era obedecerle a la velocidad de la luz.

Sin embargo, se tomó su tiempo. No era como si tuviese mucha ropa que sacarse, puesto que el tanga a juego con el sujetador que todavía conservaba permanecía dentro del bolsito de cuero que había llevado él alrededor de la cintura.

Empezó desprendiendo los botones del vestido uno por uno y sonrió al ver como sus ojos se oscurecían y la rosada lengua surgía de entre los labios entreabiertos para acariciarlos un momento antes de tragar. La forma en que la nuez de Adán se movía en su garganta le pareció sumamente erótica, deseo lamerla, como deseaba lamer cada centímetro del cuerpo masculino.

Siguió con la tarea hasta que el último de los botones quedó abierto y enseñó el sujetador de color rosa chicle que le contenía los pechos. Podía sentir los pezones duros empujando contra la tela, lo sensibles que se habían vuelto por las breves caricias compartidas que eran promesa de otras mucho más intensas. Deslizó los tirantes por los brazos y arrastró el vestido más allá de las caderas hasta que cayó en un charco de tela a sus pies.

El sujetador le siguió rápidamente, un pedazo de tela que acabó cruzando la habitación como un extraño *flamenco* y por fin quedó completamente desnuda, a excepción de las sandalias, delante de él.

—¿Y bien? ¿Te gusta lo que ves? —preguntó con la garganta seca. Todo el cuerpo le vibraba en sintonía con el de él, la dura erección irguiéndose entre el nido de vello oscuro atrajo su atención como ninguna otra cosa y se encontró con que la saliva volvía a inundarle la boca ante la perspectiva de probarlo una vez más.

—Sí, *caileag*, me gusta lo que veo —la sacó de la momentánea ensoñación con el profundo tono de sus palabras—. Y mucho.

Una reluctante sonrisa le curvó los labios mientras seguía observando el cada vez más hinchado pene.

—Creo que te había prometido un bis, ¿no? —murmuró relamiéndose de anticipación.

Un rápido vistazo al rostro le dijo todo lo que necesitaba saber. Él encontraba la idea tan apetecible como ella misma. Tras acortar la distancia entre ellos, deslizó las manos por el duro pecho, delineó una de las oscuras tetillas con la yema del dedo y siguió bajando sin pudor alguno, disfrutando del poder que ejercía en aquel hombre. Pronto encontró lo que buscaba, curvó los dedos alrededor de la dura y caliente erección y se permitió un momento para recrearse en la textura y suavidad que encontró a su paso. La cabeza estaba oscura por la alta concentración de sangre y una perla blanquecina rezumaba ya del orificio, podía notar el leve abultamiento de las venas principales bajo sus dedos y la pesadez que envolvía la bolsa que contenía los testículos.

Se lamió los labios al tiempo que creaba círculos sobre la cabeza con el pulgar, extendiendo la humedad y disfrutando de los pequeños espasmos que sus caricias provocaban en él. El inevitable estremecimiento de las caderas, el brusco cambio en la respiración e incluso un bajo siseo acompañaron sus progresos.

—¿Bien hasta aquí? —murmuró alzando la cabeza para encontrarse con la mirada de absoluta lujuria que contenían los ojos claros.

Él gruñó. Fue el único sonido que abandonó la garganta antes de que una de las grandes manos masculinas le acariciase el rostro con tal ternura que la hizo estremecer.

—Tomaré eso como un sí —le guiñó el ojo. Entonces volvió a bajar la mirada sobre la palpitante erección, se retiró el pelo detrás de la oreja y posó

la boca sobre la punta para depositar un pequeño beso que sería el prelude de lo que estaba por llegar.

Los dedos resbalaron por su longitud, cerrándose alrededor de la hinchada carne como una férrea presa que empezó a subir y bajar con suavidad. La otra mano incursionó más allá, acariciándole los muslos para hacerse cargo después de los duros testículos hasta que lo oyó exhalar con brusquedad y sisear después un colorido e incomprensible exabrupto.

—Eso ha sonado muy... escocés —se rio con suavidad.

Sin darle tiempo a formar una respuesta, bajó de nuevo sobre la caliente erección y le rodeó la cabeza con la lengua probando el sabor salobre de la piel una vez más. El darle placer de esa manera la encendía, podía sentir su propio sexo hinchado y goteante, cada pasada de la lengua, cada pequeño estremecimiento que provocaba en él la envalentonaba y la acicateaba a seguir más allá y tomarlo todo de él. El saberlo a su merced la hacía sentirse poderosa y también humilde, no muchas mujeres comprendían que una felación no era tanto una fantasía masculina como la confianza y entrega de la posesión más preciada de un hombre en manos y boca de su amante. Alguien realmente perversa podría hacer mucho daño en aquella zona, tanto o más del placer que podía causar.

Sonrió al recordar su anterior amenaza, quizá utilizase los dientes solo para ver si él se retiraba o confiaba en ella. En cambio, lo que hizo fue complacerse a sí misma y lo llevó al interior de la húmeda boca, acarició la suave carne con la lengua al tiempo que se retiraba solo para volver a bajar sobre él y degustarlo como el más sabroso de los caramelos.

Rodó los apretados testículos entre sus dedos, arrastró las uñas con suavidad y lo sintió estremecerse al mismo tiempo que lo soltaba tras una pequeña succión sobre la punta del pene. Alternó las caricias de los dedos con las de la lengua, jugó con él hasta que notó como el sudor empezaba a perlar su piel y le costaba respirar, le lamió los testículos y los chupó para finalmente volver a acogerle en la boca y succionarlo hasta una profundidad en la que se sintió cómoda.

Llegados a este punto, las caderas masculinas se movían prácticamente solas, entrando y saliendo de la húmeda cavidad, penetrando en su interior en busca de la liberación. Clavó los dedos en las prietas nalgas, acercándole más a ella, tomándole por completo y aceptando su fuerza hasta que un espeso chorro de semen brotó desde la gruesa polla y le bajó por la garganta obligándola a tragar al tiempo que se retiraba a una posición más cómoda.

Iona solo escuchó algunas palabras sueltas, el zumbido que notaba en los oídos no le permitía escuchar nada más. Se sentía caliente, podía notar los jugos resbalando del húmedo coño y mojándole los muslos y maldita fuera si no podía pensar en otra cosa que no fuese él enterrado profundamente en su interior follándola sin parar.

—Espero que hayas encontrado los malditos preservativos, *muchacho* —declaró utilizando el mismo apelativo que él y lamiéndose de los labios los restos de su trabajo oral—, porque necesito que me cabalgues ya.

Él la miró a través de los ojos entrecerrados. Los labios ligeramente entreabiertos intentaban recuperar el aire que le había arrebatado, pero el ardor que brillaba en las pupilas no podía ser confundido con ninguna otra cosa que la abierta necesidad masculina.

—¿Siempre eres... tan mandona? —comentó con voz ronca. Se enderezó y avanzó al mismo tiempo que ella retrocedía hasta chocar con la cama—. ¿O es solo conmigo?

Se lamió los labios y alzó la barbilla.

—Tú sacas una parte de mí que no había visto antes, así que... —se encogió de hombros—, supongo que es honor tuyo.

Los apetitosos labios se estiraron en una apreciativa mueca, deslizó los ojos sobre ella y se los lamió al echar un vistazo a los hinchados pechos.

—Mira tú que bien —declaró al tiempo que volvía a levantar la mirada hacia ella—. Veamos si puedo extraer entonces algo más.

CAPÍTULO 6

Connor abrió el bolsillo exterior de la maleta bajo su atenta mirada y extrajo de su interior un paquete de preservativos que no tardó en lanzar sobre la cama. La recorrió con la mirada y se sorprendió al sentir como su pene volvía a endurecerse a pesar de la fantástica mamada que ella le acababa de practicar. Jesús, esa mujer era como una maldita bruja que lo ponía tieso en pocos segundos y maldito fuera si le importaba.

Se tomó un momento para recrearse en las lujuriosas curvas que formaban el cuerpo femenino, el verla con las sandalias todavía puestas lo encendió aún más. Nunca se consideró un hombre de fetiches, pero esas sandalias podían empezar una nueva lista. Tenía los pechos hinchados, los pezones rosados y prietos se erguían totalmente erectos pidiendo a gritos su lengua y esperaba complacerlos y complacerse muy pronto. Su piel era suave, blanca, rota solamente por algunas pequeñas marcas en las caderas y en el bajo vientre que no afeaban en absoluto la belleza de aquella mujer. El perfectamente recordado nido de vello oscuro entre sus piernas lo atrajo con una sonrisa, podía recordar lo bien que lo había pasado antes probando la calidez y humedad que escondían.

Ella era de caderas anchas, piernas largas y torneadas, perfectas para rodearle cuando se sepultara profundamente en su interior y la cabalgara sin descanso. Esperaba que la habitación tuviese paredes lo suficiente gruesas como para que el concierto que estaban a punto de inaugurar no molestara a los vecinos.

Se pasó la lengua por los labios y señaló con un gesto de la barbilla los paquetitos que había dejado sobre la cama.

—¿Quieres hacer los honores?

La pregunta iba enmascarada con una orden simple, directa, que no admitía ninguna otra respuesta que la obediencia. Quería sentir de nuevo sus manos sobre él, despertándole de nuevo hasta ponerle totalmente erecto; ella no le decepcionó.

—Ya que lo pides tan amablemente —le contestó con obvia ironía.

Contuvo la respiración al sentir los delgados dedos acariciándole una vez más. No necesitó mucho para endurecerse de nuevo, las suaves y tiernas

caricias que ella le dedicaba lo dejaban tembloroso y duro como una maldita roca. Sí, ella era una bendita bruja.

El delgado material se deslizó con facilidad sobre su erección, estirándose bajo los dedos femeninos hasta quedar perfectamente colocado.

—Y eso, *caileag*, es una de las cosas más sexy que puedes hacerle a un hombre —le dijo sin dejar de mirarla—. Para mí lo es, al menos.

Le sonrió y fue una sonrisa auténtica, no había nada falso en aquella mujer. Su forma de hablar directa y sin tapujos, la risa contagiosa que a menudo emergía de su garganta, la manera tan sensual en la que caminaba... todo en ella le gustaba y eso era muy peligroso. Demasiado peligroso.

Descendió una vez más sobre su cuerpo, relamiéndose interiormente ante la posibilidad de probar cada uno de los centímetros de aquella sedosa piel y preguntándose por dónde comenzar.

—¿Y qué otras cosas encuentras... sexy? —le preguntó ella con sensual coquetería.

Sus ojos tomaron la decisión por sí solos al posarse sobre los llenos pechos. Las manos siguieron el mismo camino y se amoldaron a los suaves y blandos montículos sopesándolos y delineando con el dedo cada aureola que se frunció bajo su contacto. Los pezones se endurecieron todavía más y la boca se le hizo agua.

—Sin duda, esto es otra de las cosas que encuentro arrebatadoramente sexy en ti —aseguró al tiempo que la arrastraba con él hacia la cama y la hacía montarse en sus muslos quedando íntimamente ligada a su erección pero sin iniciar todavía la penetración que tanto deseaba—. Me muero por probar esas dos preciosidades, no he pensado en otra cosa en toda la noche.

Y fiel a su palabra, la inclinó hacia atrás, manteniéndola sujeta con un brazo alrededor de la cintura y bajó la boca sobre uno de los duros brotes.

Le lamió el pezón con la lengua, un par de ligeros toques aquí y allá antes de cerrar los labios alrededor y succionarla hacia la humedad de su boca; ella se retorció en su regazo frotando su erección en el proceso. Los curiosos y juguetones dedos se ocuparon entonces del otro pezón, haciéndolo rodar entre el índice y el pulgar mientras se amamantaba de su pecho.

Ella gimió. Los suaves sonidos que escapaban de entre los hinchados labios aumentaban su propio placer, añadiendo combustible al ardor que ya le corría por las venas. La deseaba, lisa y llanamente, no trataba de engañarse pensando que su necesidad de ella tenía que ver por la desinhibición creada por el whisky, aunque muy bien podía ayudar. Pero había algo en Iona que

simplemente le atraía como un imán y tenía que sacárselo como fuese de encima, pues encapricharse de una completa desconocida como ella podía causarle muchos problemas.

Abandonó su pecho solo para prestarle la misma atención al otro, sus manos se movieron ahora solas sobre la voluptuosa cadera y la instó a levantarse lo justo para poder conducirse a sí mismo a la húmeda entrada de su sexo.

—Enséñame qué tal se te da montar, *caileag* —le dijo penetrándola profundamente sin dejar por ello los sensibilizados pezones—. Sí... dios... eres perfecta.

Ella gimió, abriéndose para él, las manos que hasta ahora habían estado descansando en sus brazos se alzaron hasta resbalar sobre los hombros y cruzarse tras el cuello. Se deslizó un poco más hacia atrás en la cama, permitiéndole de esa manera apoyar las rodillas sobre el colchón y controlar la profundidad de su unión. Quería sentirla rebotando sobre él, el húmedo y caliente sexo apretándose a su alrededor mientras subía y bajaba sobre el duro pene. Deseaba que lo follase, que exprimiese hasta la última gota de placer de su cuerpo, porque una vez que lo hiciera, él iba a encargarse de hacer lo mismo durante el resto de la noche.

—Cabálgame, Iona —pidió pronunciando el nombre que ella le había dado. No quería llamarla “muchacha” como había estado haciendo, necesitaba utilizar su nombre, darle cierta identidad para que aquella noche no terminase desvaneciéndose como tantas otras y confundiéndose con muchas otras—. Apriétame en tu interior y móntame, nena. Hazlo.

Un nuevo gemido escapó de los labios femeninos cuando bajó la boca de nuevo sobre el abandonado pezón y volvió a prestarle toda su atención. Las manos, cerradas ahora a ambos lados de la voluptuosa curva de la cadera la instaron a alzarse hasta casi salirse de ella para luego descender de nuevo acogiéndole en su interior. Las sensaciones eran indescriptibles, ese dulce coñito se cerraba alrededor de su polla como la mejor de las fundas, sus caderas se unieron al movimiento aumentando la presión cada vez que se encontraban, marcando el ritmo que ella siguió con la más dulce de las entregas.

La necesidad de clavarse en ella era tan desgarradora que terminó clavándole los dedos en la tierna carne arrancándole un pequeño quejido, el sonido de fricción y de la carne húmeda chocando con la carne húmeda se unieron al rechinar de la cama y sus propios jadeos.

—Jesús, la maldita cama hace más ruido que nosotros dos juntos —se rio por lo bajo.

Sin previo aviso se levantó con ella en brazos, la sujetó mientras ella cruzaba las piernas sobre su trasero y la apuntaló contra la pared para reclamarle la boca en un fiero beso y hacerse cargo de las penetraciones.

—Oh, dios —jadeó ella rompiendo el beso durante un breve instante—. No pares... por lo que más quieras, no pares...

No pudo evitar sonreír ante la súplica en la voz femenina.

—No pensaba hacerlo.

No, ni loco. Por el contrario, aumentó la velocidad y continuó penetrándola con desenfreno, ahogando sus jadeos y los propios en interminables besos que les robaban el aire. Sus senos rebotaban contra su pecho, acariciándole y enloqueciéndole a él tanto como a ella, el acto se había convertido en una carrera de fondo a la que se esforzaba por llegar y de la que disfrutaba a cada paso del camino.

—Más, más fuerte —le susurró ella. Sus miradas se encontraron, sosteniéndose mutuamente mientras se daban mutuo placer—. No pares, solo... no pares.

Volvió a besarla y le dio lo que pedía, podía sentir ya como el orgasmo iba creciendo en su interior, le dolían los testículos y los sentía tan pesados que iba a estallar de un momento a otro y pensaba llevársela con él sí o sí.

—Oh, sí, así... dios, sí... —el desenfreno con el que se entregaba, la generosidad con la que ofrecía su cuerpo lo volvía loco—, oh dios mío... oh, señor... ¡Con!

Oírla gritar su nombre mientras se corría, el diminutivo que solo les permitía utilizar a su familia y amigos más cercanos lo catapultó a él mismo hacia un explosivo orgasmo.

—No me sueltes —creyó escucharla musitar entre jadeos mientras se apretaba aún más contra él y enterraba el rostro contra su cuello—. Hagas lo que hagas, no me sueltes.

No lo haría, no pensaba soltarla hasta el alba y ya vería entonces, si la borrachera no lo había dejado en coma profundo, si entonces se decidía a dejar ir al premio que había llamado a su puerta aquella misma noche.

CAPÍTULO 7

Iona cerró los ojos con fuerza y gimió, cada pequeño movimiento hacía que le estallase la cabeza y su estómago parecía dispuesto a rebelarse de un momento a otro. La despiadada luz que incidía sobre ella la estaba matando, no había otra manera de describir el malestar que la recorría y del que intentaba alejarse.

Se movió unos centímetros y obtuvo el primer redoble de tambor que le atravesó las sienes de lado a lado; los espasmos de su estómago se convirtieron en una amenaza más seria. Se llevó la mano a la boca en un intento por contener las arcadas mientras luchaba por desenredarse de las sábanas y abandonar la cama solo para darse cuenta de que... ¡estaba desnuda!

No sabía cuanta palidez podía soportar su piel, pero intuía que en aquellos momentos debía estar interesada en hacerle competencia a la jodida nieve. Ni pijama, ni ropa interior, estaba en pelota picada y no tenía la jodida idea del porqué.

Arrancó con desesperación la sábana de la cama, cayendo sobre el colchón una vez más entre gemidos cuando la cabeza amenazó con enviarla sin billete de vuelta al olvido. Le llevó varias profundas respiraciones aquietar el estómago lo suficiente para no acabar vomitando allí mismo y ponerse una vez más en pie. Durante un interminable segundo acudió a su mente la absurda idea de que ahora sabía cómo se sentía un vampiro encarando la luz del día. Emitió un pequeño gemido al tiempo que luchaba para abrir una vez más los ojos, la desorientación que la acompañaba por las mañanas creció hasta cuotas inimaginables cuando se encontró en medio de una improvisada cama en el suelo. El colchón —que debía pertenecer al somier ahora vacío contra una pared—, ocupaba un espacio privilegiado junto a la ventana, una solitaria mesilla de noche junto con un pequeño armario y otra puerta abierta a la izquierda era todo el mobiliario que permanecía a la vista en aquella habitación extraña.

El estómago volvió a rebelarse recordándole que necesitaba utilizar el baño inmediatamente, con piernas temblorosas atravesó el cuarto rogando no pisar la sábana y que la puerta entreabierta fuese la respuesta a sus oraciones

pues de lo contrario acabaría por vaciar el contenido de su estupidez allí mismo.

La cabeza no dejó de latirle ni siquiera después de haber vaciado todo el contenido de su estómago. Le dolía el pecho por el esfuerzo de vomitar y sentía el cuerpo como si le hubiese pasado un tráiler repetidas veces por encima. Aunque el cómo el tráiler había causado la incomodidad que notaba entre las piernas, se le escapaba.

Se lavó los dientes con un cepillo nuevo que sacó del dispensador del baño y se aseó con rapidez deseando que una buena ducha despejara en algo los conocidos efectos de uno de los episodios de su vida que se había prometido no repetir jamás.

Tras haberse emborrachado por primera vez cuando tenía dieciocho en la boda de una amiga, juró no volver a beber. El bochornoso descubrimiento de que no podía tolerar el alcohol había llegado acompañado del vídeo de la boda en el que se la veía bailando encima de la mesa, con el vestido hasta la cintura mostrando el ligero color champán que había decidido estrenar entonces. Aquello no habría sido tan malo si no hubiese tres hombres a su alrededor metiéndole billetes en las medias y el tanga.

¿En qué mierda estaba pensando para volver a emborracharse?

Como un relámpago, la respuesta llegó a su mente en forma de retazos y conversaciones. La mañana anterior —porque esperaba que todo lo que hubiese pasado fuera un día—, había tenido un encontronazo con sus progenitores. Había dejado a Josh para acudir a su Escocia natal y enfrentarse a la última ida de olla de su madre; un matrimonio concertado con un hombre cuya existencia le era desconocida.

Sí, aquello era suficiente como para incitarla a beber.

Se pasó la mano por el pelo húmedo y ciñó más la toalla al pecho antes de dar media vuelta y regresar al dormitorio. La cabeza le latía sin parar, pero era un precio muy pequeño a pagar por salir de allí antes de quien quiera que fuera el dueño de la habitación regresase. Tras un rápido examen ahora más exhaustivo encontró su ropa tirada en la habitación, se colocó rápidamente el sujetador, el vestido, las malditas sandalias y gruñó frustrada cuando cinco minutos después comprendió que iba a tener que largarse de allí sin bragas. El diminuto bolso que nunca utilizaba estaba sobre la mesilla de noche al lado de un par de pastillas, un vaso de agua y una nota manuscrita:

“Tómatelas, son para la resaca.

Quédate en la cama hasta que regrese. Tenemos que hablar con urgencia.

Volveré lo antes posible.

Con”.

Iona parpadeó varias veces esperando a que las palabras se disolvieran de un momento a otro, pero no lo hacían, como tampoco se desvanecía la cinta de tartán que rodeaba la nota y que por algún extraño motivo hizo que su estómago volviese a rebelarse y tuviese que volver corriendo al baño.

—No, no, no, no —musitó como si se tratase de una letanía después de haberse limpiado una vez más la boca. El rostro mortalmente pálido que veía a través del espejo lo reconoció como el suyo, lo sabía con tanta seguridad como que la noche anterior no solo se había emborrachado.

Oh, no, había hecho algo mucho peor. Aquello palidecía en comparación a lo del vídeo de la boda de su amiga, y el no poder recordar en totalidad lo ocurrido bajo los efectos del alcohol, no hacían más que aumentar su ansiedad. Con un arranque de absoluto y aterrado miedo, salió como alma que llevaba el diablo del baño, atravesó el dormitorio y huyó por la puerta sin echar un solo vistazo atrás.

Se había despertado en la cama equivocada.

EPÍLOGO

Connor volvió cogió la nota que le había dejado aquella mañana y echó un nuevo vistazo a la habitación. El colchón seguía en el suelo, allí dónde lo habían arrastrado la noche anterior ante el ruido que hacía la cama. El vestido, el bolso y cada una de las cosas que pertenecían a su amante de una noche habían desaparecido, tan solo el tanga que todavía conservaba en el *sporrán* y la cinta de tartán a la que ahora daba vueltas entre los dedos probaba que ella existía.

Bajó la mirada y leyó una vez más la nota:

“Tómatelas, son para la resaca.

Quédate en la cama hasta que regrese. Tenemos que hablar con urgencia.

Volveré lo antes posible.

Con”.

Siseó en voz baja y arrugó el papel en el puño para mirar de nuevo la cinta de tartán enrollada entre los dedos, la prueba fehaciente de que anoche había cometido la mayor estupidez de todas.

—De acuerdo, esposa, si quieres jugar, jugaremos —declaró en voz baja y cada vez más cabreado.

Sí, estaba cabreado. Muy cabreado, pero consigo mismo. La noche anterior había batido todos sus récords de estupidez. Se había emborrachado hasta perder la noción de la realidad, había follado toda la jodida noche con una extraña a la que conoció en el pub y se casó con ella, con dos jodidos pescadores por testigo ante la jodida iglesia libre de Escocia, por el rito de la unión de manos.

Y ahora era un hombre casado, con una prometida que no conocía y una esposa a la fuga.

ECHA UN VISTAZO A...

EN BRAZOS DEL DESEO

-Serie Entre Sábanas 2-

PRÓLOGO

Connor frunció el ceño mientras miraba la puerta cerrada de la pequeña iglesia próxima al puerto, había empujado la madera un par de veces pero seguía sin ceder.

—Está cerrada.

Un breve aplauso llegó desde su espalda.

—Premio de la noche a la elocuencia masculina —declaró Iona con una mueca—. Incluso yo, borracha como una cuba... ay leches, que se me cruzan las piernas... ahora, ya. Bien... ¿Qué estaba diciendo? Ah, sí... que son más de las cuatro de la mañana, si estuviese abierta daría miedo.

La vio considerar sus últimas palabras.

—Una boda zombie... o vampírica... una boda vampírica escocesa —se echó a reír ante lo absurdo de las palabras—. Eso da para una nueva serie de televisión canadiense.

Entrecerró los ojos sobre ella.

—¿Por qué canadiense?

Ella lo miró como si fuese idiota, y en aquel momento no es que se sintiese precisamente muy inteligente.

—Son los únicos que tienen pasta para hacer algo decente —le dijo como si fuera algo que llevase grabado mil años en piedra—. Los británicos censurarían las mejores partes, los americanos solo saben de *Sexo en Nueva York*, Brooklyn o cualquier sitio donde puedan follar y los austríacos... no hay quien los entienda y las series dobladas tienen unas vocecillas tan... tan...

tan cansinas.

Sacudió la cabeza.

—¿Por qué narices estamos hablando de series de televisión a las cuatro de la madrugada?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé —aseguró con rostro inocente—. Yo vine aquí contigo porque dijiste que tenía que casarnos un ministro de la iglesia... *ains*, que anticuado sonó eso. Rebobino, dijiste que tenía que casarnos un párroco. Sí, mejor... ya no parezco tonta, solo borracha.

Se echó a reír una vez más, desde que habían dejado el mirador no había dejado de parlotear, eso cuando no estaban restregándose, tocándose o follando en algún rincón.

—Y yo te dije que no iba a casarme —continuó con un brusco asentimiento de la cabeza—. ¿O lo dijiste tú? No, espera... Ah, ya. Sí, me caso durante un día... ¿se puede hacer eso? Dios, qué cogorza tengo, el whisky ya está haciendo efecto. Es una pena que se cayera la botella.

Si aquello no era un diálogo de besugos, no sabía que podía serlo, pensó al mirarla. Pero no era algo que le importara especialmente, la maldita boda sí, algo irracional y absurdo, ¿no? Él no quería casarse, es lo último que quería hacer en la vida, pero si contraía matrimonio, aunque fuese solo por un día con esa mujer, no tendría que seguir escuchando el continuo discurso de su padre.

No era un mal plan, después de todo no volvería a verla después de esa noche.

—Vamos a casarnos, ahora —insistió al tiempo que la cogía de la mano y empezaba a tirar de ella en dirección al muelle—. Así tengamos que hacerlo nosotros solos.

Los delgados y cálidos dedos se entrelazaron con los suyos cuando ella se arrimó a él en busca de contacto.

—Me encanta cuando te pones en plan escocés tozudo y mandón —ronroneó ella, entonces pareció pensárselo mejor—. Pero no se lo digas a nadie, estropearía la reputación de zorra que tengo.

Él sonrió y se inclinó hacia ella.

—Será nuestro secreto —le dijo al tiempo que se inclinaba y la besaba en la frente, un gesto que lo sorprendió por su ternura.

La sorpresa pasó a un repentino sobresalto cuando ella se detuvo y emitió un chillido.

—Bien —asintió satisfecha—. Ahora sí que podemos casarnos. ¿Necesitamos testigos? ¿Sirve una vaca? Mi madre me dijo una vez que su padre —ese sería mi abuelo—, se había casado con su madre delante de una vaca. Pero aquí no tenemos vacas, ¡ah, pero tenemos peces!

Girando sobre los talones tiró de él en dirección al puerto.

—No podemos unir las manos delante de unos peces —protestó él, pero permitió que lo llevase a dónde quisiese. Con tal de poder meterse de nuevo entre sus piernas, lo que hiciera falta. Condones, necesitaba los jodidos preservativos—. El pub.

Ella lo miró.

—¿Quieres casarte delante de otra botella de whisky?

La idea era seductora, pensó por un momento, entonces sacudió la cabeza. Dios, ahora sí que le afectaba a él también el alcohol.

—Condones.

Ella puso los ojos en blanco y lo aleccionó como a un niño pequeño.

—Eso viene después de la boda, no antes, escocés.

Él bufó y se echó a reír.

—Hemos venido follando todo el camino —le recordó con una risita.

Ella abrió la boca, entonces la cerró y volvió a abrirla.

—Pues es verdad, ¡punto para el caballero! —declaró en voz alta y siguió por la acera que bordeaba el puerto en el que estaban ancladas las barcas de pesca de bajura—. ¿Entonces no nos casamos?

La pena que escuchó en la voz femenina aumentó su resolución.

—Por supuesto que nos casamos —declaró con firmeza, miró una última vez los alrededores y esbozó una amplia sonrisa al divisar a un par de pescadores que bajaban con sus aperos hacia una de las barcas—. Y tengo los testigos adecuados para ello.

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

22/02/2014